

Susan Faludi

BACKLASH

PRÓLOGO DE MAR GARCÍA PUIG

LA REACCIÓN ULTRA
CONTRA EL AVANCE
DEL FEMINISMO

Backlash

La reacción ultra contra el avance del feminismo

Susan Faludi

Traducción de Francesc Roca

Prólogo de Mar García Puig

Título original: *Backlash: The Undeclared War Against American Women*

© Susan Faludi, 1991

Los derechos de traducción están gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición: septiembre de 2025

Traducción de Francesc Roca

© por el prólogo, Mar García Puig, 2025

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2025

Ediciones Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición

Impresión y encuadernación: Limpergraf

Depósito legal: B. 13.378-2025

ISBN: 978-84-1100-389-6

Printed in Spain - Impreso en España



Índice

Prólogo de Mar García Puig	11
Introducción: La culpa es del feminismo.	25

PRIMERA PARTE MITOS Y ATAVISMOS

1. La escasez de hombres y los vientres estériles: los mitos del <i>backlash</i>	47
2. La sempiterna reacción	105

SEGUNDA PARTE EL *BACKLASH* EN LA CULTURA POPULAR

3. Las «tendencias» del antifeminismo: los medios de comunicación y el <i>backlash</i>	145
4. Visiones fatales y visiones fetales: el <i>backlash</i> en el cine	196
5. Ángeles adolescentes y brujas solteras: el <i>backlash</i> en la pequeña pantalla	234
6. Vistiendo a las muñecas: el <i>backlash</i> en la moda.	272
7. La belleza y el <i>backlash</i>	314

TERCERA PARTE
LOS ORÍGENES DEL *BACKLASH*:
IMPULSORES, AGITADORES Y PENSADORES

8. La política del resentimiento: la guerra de la «nueva derecha» contra la mujer	353
9. El «caballero sin espada» abandona Washington: el <i>backlash</i> en la política nacional	392
10. La base intelectual del <i>backlash</i> : de los neoconservadores a las neofeministas	425

CUARTA PARTE
REPERCUSIÓN DE EL *BACKLASH* SOBRE LA MENTE,
EL TRABAJO Y EL CUERPO DE LAS MUJERES

11. Son figuraciones tuyas: la psicología popular se suma al <i>backlash</i>	499
12. Los salarios del <i>backlash</i> : sus repercusiones para las mujeres empleadas	535
13. Los derechos reproductivos bajo el <i>backlash</i> : invasión del cuerpo de la mujer	585
Epílogo	657
Agradecimientos	667

La escasez de hombres y los vientres estériles: los mitos del *backlash*

A finales de la década de los ochenta del siglo xx, muchas mujeres se habían familiarizado, amargamente, con los siguientes hechos «estadísticos»:

- La «falta de hombres» hacía disminuir las oportunidades de las mujeres para contraer matrimonio.

Fuente: Un famoso estudio sobre el matrimonio realizado en 1986 por investigadores de las Universidades de Harvard y Yale.

Conclusiones: Una mujer soltera con estudios universitarios tiene a los treinta años un 20 % de probabilidades de casarse; a los treinta y cinco, un 5 %, y a los cuarenta, poco más de un 1,3 %.

- Las mujeres que se divorcian de mutuo acuerdo, según las nuevas leyes «sin culpables», padecen un «devastador» descenso de su nivel económico.

Fuente: Un estudio realizado en 1985 por un sociólogo que trabajaba en la Universidad de Stanford.

Conclusiones: La mujer, como promedio, sufre una disminución del 73 % en su nivel de vida un año después de divorciarse, mientras que el hombre, también como promedio, goza de un incremento del 42 %.

- Una «epidemia de esterilidad» afecta a las mujeres profesionales que posponen la maternidad.

Fuente: Un estudio realizado en 1982 por dos investigadores franceses.

Conclusiones: Las mujeres de edades comprendidas entre los treinta y uno y los treinta y cinco años tienen un 39 % de probabilidades de no poder concebir, una notable diferencia —el 13 %— respecto de las mujeres entre veinticinco y treinta años.

- Las mujeres solteras y las que ejercen alguna profesión han de enfrentarse, respectivamente, a «grandes depresiones emocionales» y a ataques de «agotamiento».

Fuente: Varios estudios psicológicos.

Conclusiones: No se aporta ninguna estadística digna de confianza, solamente el argumento de que la salud mental del sexo femenino nunca había estado peor, y se deteriora en proporción directa a la tendencia de las mujeres a permanecer solteras o a ejercer una profesión.

Estos son los argumentos fundamentales en que se ha basado la reacción contra la lucha por la igualdad por parte de las mujeres. Tienen algo en común: son falsos.

Lo cual, sin duda, parece increíble. Hemos escuchado esos hechos y esas cifras tantas veces, repetidos como un eco por las fuerzas del *backlash*, que resulta difícil no aceptarlos. ¿Cómo es posible que tantas informaciones distorsionadas, defectuosas o, simplemente, inexactas, puedan aceptarse de un modo tan universal? Antes de considerar esos tópicos, una rápida mirada a cómo los medios de comunicación trataron dos estudios estadísticos concretos puede ayudar en parte a responder a esa pregunta.

LAS ESTADÍSTICAS Y LA HISTORIA DE DOS SOCIÓLOGOS

En 1987 los medios de comunicación tuvieron la oportunidad de criticar la obra de dos sociólogos, uno de los cuales se mostraba favorable al feminismo, mientras que el otro era contrario a este movimiento.

«La imagen de Shere Hite que se ha ido formando durante las últimas semanas es la de una demagoga de la cultura popular», informaba a sus lectores la revista *Newsweek*, en su edición del 23 de noviembre de 1987, bajo el titular «Los hombres no son su único problema». Este aludía a Shere Hite, que acababa

de publicar la última parte de un estudio de ámbito nacional sobre la sexualidad y las relaciones entre los sexos, titulado *Mujeres y amor*, un compendio en 922 páginas de las opiniones de 4.500 mujeres. La principal conclusión de dicho estudio era que la mayoría de las mujeres se sentían angustiadas y desesperadas por la resistencia de los hombres con los que convivían a tratarlas como iguales. Cuatro quintas partes de las encuestadas dijeron que aún debían luchar por sus derechos y el respeto en el hogar, y solo el 20 % opinó que había logrado una situación de igualdad en sus relaciones con su pareja. Afirmaban que sus esfuerzos por conseguir mayor independencia habían desencadenado un creciente rencor por parte de su pareja.

No fue esta, sin embargo, la faceta del libro que despertó mayor interés en los medios de comunicación, que estaban muy ocupados atacando personalmente a Hite. La mayor parte de los hechos que le reprochaban se refería a asuntos que, como incluso *Newsweek* no pudo menos que reconocer, «solo tenían una relación lejana con su obra». Se rumoreaba que Hite le había dado un puñetazo a un taxista por llamarla «guapa», y que telefoneaba a los periodistas haciéndose pasar por Diana Gregory, una de sus ayudantes. Una conducta curiosa, de ser cierta, pero que sugiere una personalidad más excéntrica que demagógica. No obstante, las principales publicaciones del país dedicaron a las peculiaridades de la investigadora feminista un interés poco frecuente. El *Washington Post* incluso encargó a un experto calígrafo que comparara las firmas de Hite y Gregory.

El trabajo de Hite merecía, ciertamente, un análisis riguroso, y acerca de su enfoque estadístico cabía plantearse muchas preguntas razonables. Pero las conclusiones de Hite se ridiculizaron en lugar de analizarse. La revista *Time* calificó su estudio con frases como «de una ambición característicamente exagerada», «altamente improbable», «dudoso» y «de escaso valor» en el artículo que le dedicó en su número del 12 de octubre de 1987, titulado «¡No hay para tanto, chica!». Si esta era la opinión de los editores, cabe preguntarse por qué dedicaron al estudio de Hite la portada de la revista y seis páginas de texto. Según la crítica, el libro estaba lleno de «opiniones radicales» de mujeres «escandalosas», las cuales probablemente eran simples «agitadoras». Sin embargo, lo que aparecía en las páginas de

Time no permitía hacerse una idea cabal del radicalismo de las opiniones expuestas: el largo artículo reducía las opiniones de los miles de mujeres a las que Hite había encuestado a dos citas de un par de frases cada una, y además resumidas. Por otra parte, en dicho artículo las opiniones de los críticos de Hite eran expuestas mucho más extensamente que las de ella.

Cuando los medios de comunicación se decidieron a criticar los métodos estadísticos de Hite, sus acusaciones fueron, en general, erróneas o hipócritas. Algunas críticas se quejaron de que las conclusiones del estudio eran «tendenciosas», pues su autora había repartido sus cuestionarios entre las afiliadas a grupos feministas. Lo cierto es que Hite encuestó a una gran variedad de grupos de mujeres, entre las cuales había entidades relacionadas con las diversas iglesias, clubes sociales y residencias de ancianos. La prensa la acusó de utilizar un universo reducido y poco representativo. Sin embargo, como veremos a su debido tiempo, los periodistas aceptan con una absoluta falta de sentido crítico estudios estadísticos basados en universos mucho más pequeños y no escogidos precisamente al azar. Y, además, Hite afirma categóricamente en el libro que sus estadísticas no pretenden ser representativas; reconoce que su objetivo era tan solo ofrecer al mayor número posible de mujeres la posibilidad de exponer en público sus pensamientos más íntimos, que por lo común nunca salen a la luz. En realidad, el libro es más una colección de citas que de estadísticas.

Aunque los medios de comunicación calificaron de «diatribas antimasculinas» las quejas expuestas por las encuestadas respecto de los hombres con quienes convivían, las opiniones recogidas en el libro de Hite son más amargas que vengativas: «He entregado mi corazón y mi alma, todo lo que soy y todo lo que tengo... y me he quedado sin nada, solitaria y herida, pero él sigue exigiendo más de mí. Estoy cansada, muy cansada». «Él se oculta tras una pared de silencio.» «La mayor parte del tiempo tengo la sensación de que me deja de lado, de que no soy su mejor amiga.» «He llegado a un punto en que dudo de que me ame o me desee... Procuero ponerme camiones atractivos y hago todo lo que puedo por complacerle.» «En nuestra vida diaria me critica por cualquier tontería, porque me dejo abiertos los armarios o las puertas... No quiero que se enfade. Así que cierro los arma-

rios, cierro los cajones, apago las luces, voy detrás de él recogiendo lo que deja tirado, una y otra vez, y no me quejo.»

A partir de estas opiniones personales, Hite extrae algunos datos ilustrativos de las actitudes femeninas acerca de las relaciones entre los dos sexos, el matrimonio y la monogamia. Que los medios de comunicación encontraran estos datos tan amenazadores para los hombres, demuestra con cuánta facilidad cunde la histeria a causa de las «agresiones» femeninas cuando hay una reacción antifeminista. Por ejemplo, resulta absurdo que la prensa mostrara tanta irritación —cuando no había motivo ni para la sorpresa— ante la principal queja de las mujeres respecto de los hombres con los que conviven: «que no las escuchan».

La actitud de la prensa parecía, si acaso, corroborar esta queja femenina, pues hacía oídos sordos a sus palabras. Es posible que fuera más fácil hojear las tablas estadísticas de Hite, reunidas al final del libro, que enfrascarse en la lectura de cientos de páginas repletas de historias personales tan interesantes como inquietantes. Aunque también es posible que algunos periodistas no estuvieran dispuestos a escuchar lo que aquellas mujeres tenían que decir: las vehementes críticas contra el libro de Hite parecen indicar una emoción más cercana al miedo que a la ira, la misma que expresan los dibujos que ilustraban el artículo de *Time*, uno de los cuales representaba a una mujer en pie sobre el pecho de un hombre desmayado, mientras que en otro la mujer tiraba un tiburón a la bañera en que estaba el hombre y en un tercero la mujer dirigía una lengua viperina contra el asustado rostro del varón.

Al mismo tiempo que la prensa ponía a Hite de vuelta y media por sugerir que la resistencia masculina a la igualdad era responsable en buena parte de las quejas de las mujeres, aplaudía sin reservas a otro sociólogo cuya tesis —que la igualdad de la mujer es la culpable de la angustia de la mujer actual— estaba más en consonancia con el pensamiento del *backlash*. Se trataba de un psicólogo, el doctor Srully Blotnick, colaborador de la revista *Forbes* y «experto» en los problemas de la mujer trabajadora, muy citado en los medios de comunicación. Había dirigido lo que definía como «el estudio a largo plazo más extenso acerca de la condición de la mujer trabajadora en los Estados Unidos», y había llegado a la conclusión de que el éxito profesional «en-

venena la vida de la mujer, tanto desde el punto de vista laboral como en el aspecto personal». En su libro *Otherwise Engaged: The Private Lives of Successful Women* [Comprometidas de otra manera: las vidas privadas de mujeres de éxito], publicado en 1985, Blotnick afirma que su estudio de 3.466 mujeres, realizado a lo largo de veinticinco años, demuestra que las mujeres que se dedican a una carrera tienen muchas probabilidades de no conocer el amor y convertirse en solteras amargadas, lo cual, a la larga, incluso puede resultar contraproducente para su vida profesional. «De hecho», afirma, «hemos advertido que la ansiedad, que va creciendo poco a poco, es la causa subyacente más frecuente de los despidos de las mujeres entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años». El feminismo no se libraba de sus críticas, por descontado, pues lo consideraba «una cortina de humo tras la cual se ocultan las mujeres temerosas de que se las califique de egomaniacas llenas de ambición».

Los medios de comunicación acogieron calurosamente sus conclusiones —salía en todos ellos, desde el *New York Times* hasta el programa de Phil Donahue—, y revistas de ámbito nacional como *Forbes* y *Savvy* le pagaron cientos de miles de dólares para que llevara a cabo nuevos estudios acerca de esas mujeres profesionales atormentadas por la ansiedad. Nadie puso en duda sus métodos, y eso que había motivos más que suficientes para el escepticismo.

Para empezar, Blotnick afirmaba que empezó a recoger datos para su estudio en 1958, cuando solo tenía diecisiete años de edad. A pesar de lo escaso de sus recursos, se enorgullecía en *Otherwise Engaged* de haber reunido una copiosísima base de datos («cerca de tres toneladas de fichas, más veintiséis gigabytes de disquetes de memoria»), que superaba ampliamente las de los mayores estudios similares realizados por el gobierno federal, con un costo de muchos millones de dólares. Y el «doctor» que anteponía a su nombre era falso: lo había conseguido estudiando por correspondencia en una escuela que no merecía el menor crédito. Cuando fueron informados, los editores de *Forbes* eliminaron discretamente la abreviatura «Dr.» de la firma de Blotnick. Pero no suspendieron la publicación de sus artículos.

A mediados de los ochenta, Dan Collins, un colaborador de *U.S. News and World Report*, recibió el encargo de preparar un

artículo acerca de un tema siempre candente: las cuitas de la mujer soltera. Su editor le sugirió que se pusiera en contacto con Blotnick, que siempre tenía algo que decir y acababa de contribuir con un artículo sobre el mismo tema en el *Washington Post*. Collins recuerda que, después de la entrevista, se sintió intrigado por el nerviosismo de Blotnick cuando se interesó por sus títulos académicos. El periodista escarbó un poco en el pasado de Blotnick y encontró algo que le pareció mucho más merecedor de un artículo que los problemas de la mujer soltera: la carrera de aquella autoridad a nivel nacional se basaba en una sarta de mentiras. Blotnick no se había licenciado en Psicología, y prácticamente todo lo que figuraba en su currículum era falso; incluso el profesor al que citaba como su mentor en aquella época llevaba quince años muerto.

Pero los editores de *U.S. News* no encontraron interesantes los descubrimientos de Collins —una portavoz de la revista explicó más tarde que en sus páginas no tenían cabida noticias de aquella índole—, y el artículo no se publicó. Por fin, en 1987, Collins, que prestaba entonces sus servicios en el *New York Daily News*, consiguió que este publicara su artículo. Los datos aportados por Collins indujeron a las autoridades a investigar la posibilidad de que Blotnick hubiera cometido un fraude, y *Forbes* dejó de publicar sus colaboraciones en cuanto la noticia trascendió. Pero las informaciones acerca de las falsedades y los anacronismos en el currículum de Blotnick tuvieron poco eco en la prensa: *Time* trató el tema de pasada, y *Newsweek* ni siquiera lo mencionó. Y la editorial de Blotnick, Viking Penguin, siguió adelante con sus planes de publicar una edición de bolsillo de su última obra. Gerald Howard, que era entonces director literario de Viking Penguin, lo explicó claramente: «Blotnick ha reunido una masa de información acerca del comportamiento profesional de la gente que, a mi entender, es perfectamente válida desde un punto de vista empírico».

El tratamiento por parte de la prensa de las conclusiones de Hite y de Blotnick sugiere que las estadísticas que con más interés promueven los medios de comunicación de carácter popular son, precisamente, las que deberíamos considerar con la máxima cau-

tela. Es muy probable que su popularidad no se deba tanto a su veracidad como al apoyo que prestan a las ideas preconcebidas de los medios de comunicación.

Durante una reacción las estadísticas se convierten en directrices que fijan las normas que debería seguir el comportamiento femenino, en imperativos culturales dirigidos a las mujeres que les muestran la única pauta de conducta que *deberían* hacer suya, y cómo deberían ser castigadas en caso de no aceptar la norma. Se da por sentado que estos «hechos» estadísticos reflejan simplemente «la realidad de las cosas» por lo que respecta a la mujer, que son el núcleo de una sólida realidad demográfica que nada puede alterar; la única actitud aceptable por parte de las mujeres es acatar la fuerza de los números y tratar de acomodar su vida a lo que estos dicen.

A medida que se consolidaba el consenso en torno al *backlash*, las estadísticas referidas a las mujeres dejaron de tener el carácter de barómetros sociales. Pasaron a ser, en cambio, puntos de control de la sociedad, situados en lugares clave del curso de la vida femenina, que advertían de los peligros que podía acarrear desviarse del camino trazado. Este criterio de fijar pautas de conducta es característico de todas las encuestas sobre la mujer realizadas en la década de los ochenta, desde que empezó la recogida de datos hasta que los resultados fueron expuestos en los medios de comunicación. Durante la presidencia de Reagan los demógrafos de la Oficina de Censos de los Estados Unidos fueron objeto de continuas y cada vez más intensas presiones para que proporcionaran al gobierno datos que le resultaran útiles en su lucha contra la emancipación femenina, para que facilitaran estadísticas que «demostraran» el incremento del riesgo de infertilidad, los peligros físicos y psíquicos que acompañaban al aborto, el lado oscuro de la maternidad fuera del matrimonio, los efectos negativos de las guarderías sobre los niños. «Los miembros del gabinete [de Reagan] con los que traté, parecían deseosos de recrear las fantasías de su propia niñez», manifestó Martin O'Connell, jefe del departamento de estadísticas sobre la fertilidad de la Oficina de Censos. Y las estadísticas que no se acomodaban a esas fantasías fueron desechadas, como ocurrió con un estudio patrocinado por el gobierno federal que llegó a la conclusión de que una actitud firme por parte de la administración tenía efectos po-

sitivos sobre la contratación de mujeres y miembros de las minorías por parte de las empresas. El Servicio de Salud Pública censuró informes que demostraban el efecto favorable del aborto sobre la salud, y despidió sin contemplaciones a los científicos que llegaban a conclusiones que contradecían la política de la administración supuestamente favorable a la familia.

«La mayor parte de las investigaciones sociológicas centradas en la familia se han basado más en un propósito moral inmediato —prevenir males como el divorcio, el abandono del hogar, la ilegitimidad y el adulterio— que en el deseo de comprender la naturaleza intrínseca de las instituciones sociales», escribió en 1948 el sociólogo Kinsley Davis en su obra, ahora clásica, *Human Society* [Sociedad humana]. Décadas después, es una de las pocas conclusiones de un demógrafo que no han envejecido.

LA ESCASEZ DE HOMBRES: LA HISTORIA DE DOS ESTUDIOS SOBRE EL MATRIMONIO

Se acercaba el Día de los Enamorados de 1986, y el *Advocate* de Stamford encargó a la periodista Lisa Marie Petersen que escribiera el artículo de aquel año dedicado a Cupido y sus flechas. Se le ocurrió que un tema interesante podía ser la actitud actual respecto de los ideales románticos, así que se dirigió a unas galerías comerciales del centro de Stamford y entrevistó a varios hombres que compraban flores y bombones. Luego telefoneó al departamento de Sociología de la Universidad de Yale, «para ver si podía obtener algunos datos científicos», explicó después. «Algo para llenar el tercer párrafo, ¿saben?»

La pasaron con Neil Bennett, un sociólogo soltero de treinta y un años que acababa de completar, con dos colegas, un estudio, que aún no había sido publicado, sobre el matrimonio y la mujer. Bennett le hizo notar que el estudio todavía no estaba completo, pero como ella insistió, le comunicó sus conclusiones: las mujeres con educación universitaria que anteponían los estudios y la vida profesional al matrimonio, encontrarían serias dificultades para casarse. «Desgraciadamente, sus posibilidades de llegar al matrimonio parecían desvanecerse bajo sus pies», manifestó.

Bennett le dio algunas cifras: a los treinta años, las mujeres solteras con estudios universitarios tenían un 20 % de posibilidades de casarse; a los treinta y cinco años este porcentaje había descendido al 5 %, y a los cuarenta, al 1,3 %. «Me quedé boquiabierta», explica Lisa Marie Petersen, que por aquel entonces era soltera y tenía veintisiete años. A la periodista no se le ocurrió cuestionar aquellas cifras. «Por lo general, creemos todo lo que procede de las universidades prestigiosas. Si es un estudio de Yale, lo publicamos sin más.»

El *Advocate* publicó la noticia en primera plana. La Associated Press recogió la noticia y la distribuyó primero a lo largo y lo ancho de los Estados Unidos y luego por todo el mundo. Muy pronto, Bennett recibía llamadas incluso de Australia.

En los Estados Unidos, esta noticia recibió la atención de todos los medios de la cultura de masas. La estadística apareció en primera plana prácticamente en todos los periódicos importantes, y se comentó en los programas de noticias y de entrevistas de la radio y la televisión. Se hizo uso de ella en las series de televisión y en muchas películas, las revistas femeninas le dedicaron artículos, numerosos manuales de psicología popular la recogieron, las agencias matrimoniales la aprovecharon para su propaganda, así como las clases nocturnas de educación social, e incluso fue reproducida en tarjetas de felicitación. Una empresa especializada en publicidad en los medios de transporte colocó carteles con la estadística en todos los autobuses de los Estados Unidos, de modo que las solteras que viajaban agarradas a los asideros podían contemplar un cartel con una joven afligida vestida con un velo de novia, posando junto a una lista que enumeraba sus desalentadoras probabilidades de matrimonio, debidamente colocada al lado de un anuncio de trajes de novia.

Bennett y sus colaboradores, el economista de Harvard, David Bloom y la estudiante de Yale, Patricia Craig, predecían que las mujeres nacidas entre 1945 y 1960 que habían seguido estudios universitarios tendrían dificultades para casarse por una razón fundamental: las mujeres se casan con hombres que, como promedio, son dos o tres años mayores que ellas. Así pues, razonaron, las mujeres nacidas entre 1946 y 1957, cuando la tasa de natalidad se incrementaba de año en año, tendrán que buscar marido entre los hombres de unos grupos de edad menos nume-

rosos que los suyos. En consecuencia, las mujeres con ganas de estudiar que prefirieron la titulación al certificado de matrimonio, correrán la peor suerte, en opinión de los investigadores, porque la competencia habrá reducido notablemente el número de maridos potenciales.

Sin embargo, cuando se hizo público este estudio, era ya un hecho evidente que la suposición de que las mujeres se casan con hombres mayores que ellas era cosa del pasado: las estadísticas federales mostraban que las mujeres que se casaban por primera vez lo hacían, como promedio, con hombres que solo eran 1,8 años mayores que ellas. Pero era imposible revisar las estadísticas de Harvard-Yale con estos nuevos datos o incluso examinarlas, pues el estudio no se había publicado. Esto, evidentemente, no les quitó el sueño a los medios de comunicación, que habían decidido ignorar un estudio sobre el mismo tema, publicado unos meses antes, cuyas conclusiones demostraban lo contrario que el de Bennett y sus colaboradores. Dicho trabajo, publicado en octubre de 1985 por investigadores de la Universidad de Illinois, había llegado a la conclusión de que la crisis de número de matrimonios posibles en los Estados Unidos era mínima. Los datos que habían recopilado, según los investigadores, «no apoyaban las teorías que suponen que la escasez de maridos potenciales ha tenido un papel preponderante en los cambios más recientes en la institución matrimonial». (De hecho, al revisar los datos relativos al matrimonio en sus aspectos históricos y geográficos, solo pudieron encontrar descensos de la nupcialidad a causa de la «escasez de hombres» en algunos países europeos y a principios de este siglo, así como, más modernamente, en algunos países del tercer mundo.)

En marzo de 1986 Bennett y sus colaboradores publicaron un «informe no oficial» en el que manifestaban que habían utilizado un «modelo paramétrico» para computar las posibilidades de matrimonio de las mujeres, un método de predecir el comportamiento que, además de ser poco ortodoxo, no se había utilizado hasta entonces. Los profesores de Princeton Ansley Coale y Donald McNeil habían ideado dicho modelo paramétrico para analizar las pautas del comportamiento matrimonial de mujeres de edad avanzada, que ya habían completado su ciclo matrimonial. Bennett y Bloom, que habían sido discípulos de Coale, pen-

saron que podían utilizar el mismo modelo para predecir las pautas del comportamiento matrimonial. Coale, cuando le pidieron su opinión algún tiempo después, se mostró dubitativo: «En principio, el modelo puede aplicarse a mujeres que aún no han completado su historia matrimonial, pero se corre cierto riesgo al hacerlo».

Para acabar de arreglarlo, Bennett, Bloom y Craig tomaron la muestra de mujeres para hacer su estudio del padrón de 1982, cuyos datos no son tan exhaustivos como los de los censos decenales, y por lo tanto no pueden inspirar la misma confianza. Y además los investigadores dividieron dicha muestra en subgrupos aún más pequeños —según edad, raza y estudios—, de modo que hicieron generalizaciones basadas en muestras de la población femenina muy pequeñas y poco representativas.

A medida que los medios de comunicación iban divulgando la noticia de la «escasez de hombres», Jeanne Moorman, una demógrafa del departamento de estadísticas sobre el matrimonio y la familia de la Oficina de Censos de los Estados Unidos, empezó a recibir llamadas de periodistas que le pedían que la comentase. Así que decidió examinar más a fondo el estudio de Bennett y sus colaboradores. Jeanne Moorman es un buen ejemplo de que las vidas no siempre siguen las pautas que marcan las estadísticas: tras doctorarse en Demografía del Matrimonio, se casó a los treinta y dos años con un hombre casi cuatro años más joven que ella.

Jeanne Moorman se sentó ante su ordenador y llevó a cabo su propio estudio de las perspectivas de matrimonio, para el cual utilizó las habituales tablas de esperanza media de vida, en lugar del modelo paramétrico, y se basó en los resultados del censo de población en 1980, que incluye 13,4 millones de hogares, en lugar del padrón de 1982 utilizado por Bennett, que solo incluye 60.000. Estas son las conclusiones a que llegó Jeanne Moorman: a los treinta años, las mujeres solteras con estudios universitarios tienen entre el 58 y el 66 % de posibilidades de casarse, es decir, tres veces más que en la predicción que hace el estudio de Harvard-Yale. A los treinta y cinco años, las posibilidades eran del 32 al 41 %, siete veces más que en el estudio de Harvard-Yale. A los cuarenta años, las posibilidades eran del 17 al 23 %, *veintitrés* veces más que en el estudio de marras. Y, además, llegó a la conclusión de que, a los treinta años, una mujer con estudios superiores

tiene *más* probabilidades de casarse que otra que solo haya cursado estudios secundarios.

En junio de 1986 Jeanne Moorman escribió a Bennet para comunicarle las conclusiones de su trabajo. Le hacía notar que datos todavía más recientes también contradecían sus predicciones acerca de las mujeres con estudios universitarios. Aunque la tasa de nupcialidad desciende para el conjunto de la población, lo cierto es que ha crecido entre las mujeres con cuatro o más años de estudios universitarios que se casan desde los veinticinco hasta los cuarenta y cinco años de edad. «Esto parece indicar más bien un retraso en la disposición para contraer matrimonio que una renuncia total a él», señaló.

La carta de Jeanne Moorman era educada, casi deferente. Como colega de profesión, le decía a Bennett, se sentía obligada a comunicarle sus comentarios, «los cuales espero que sean bien recibidos». Recibió la llamada por respuesta. Pasaron dos meses. Un buen día, en agosto, Ben Wattenberg mencionó el estudio de Jeanne Moorman en uno de los artículos que publicaba habitualmente en diversos periódicos, diciendo que iba a ser presentado a la Conferencia de la Sociedad de Estudios sobre la Población de los Estados Unidos, una reunión profesional muy importante para los demógrafos. La exposición del informe de Jeanne Moorman ante sus colegas podía resultar embarazosa para Bennett y sus colaboradores. El caso es que Jeanne Moorman recibió una carta que no esperaba. «Me he enterado a través de Ben Wattenberg de que piensa presentar las conclusiones de su estudio en la Conferencia de la Sociedad de Estudios sobre la Población la próxima primavera», le escribía Bennett; ¿podría enviarle una fotocopia «tan pronto como sea posible»? Como no se la envió inmediatamente, le telefoneó, y, según recuerda Jeanne Moorman, «se mostró muy exigente. No paraba de decirme “Tiene que hacer esto, tiene que hacer lo otro”». Esto se convirtió en algo habitual en su trato con Bennett, afirma Jeanne Moorman. «Tenía la sensación de que me estaba diciendo algo así como “Déjalo, muchacha, soy profesor universitario; estoy en lo cierto, y no eres quién para poner en duda lo que digo”».» (Bennett rehúsa hablar de sus relaciones con Moorman y de todo cuanto se refiere a la historia de su estudio sobre la nupcialidad; asegura que ha sido víctima de la superficialidad de los medios de comu-

nicación, que «tergiversaron [su estudio] de un modo que resulta inconcebible».)

Mientras tanto, en la Oficina de Censos, Jeanne Moorman empezó a recibir presiones por parte de la administración Reagan. La dirección le envió una nota conminándola a que no volviera a hacer declaraciones a la prensa acerca del estudio de nupcialidad, porque tales críticas resultaban «demasiado controvertidas». Cuando algunas emisoras de televisión la invitaron a explicar su versión de la historia de la escasez de hombres, tuvo que rechazar la oferta. En cambio, recibió el encargo de concentrarse en un estudio que interesaba a la Casa Blanca: cómo estafan a la seguridad social las madres solteras pobres.

A finales de 1986 Jeanne Moorman acabó de pulir su estudio, que ofrecía unas conclusiones más optimistas acerca de las posibilidades de contraer matrimonio que tenían las mujeres con estudios superiores, y lo hizo público. Los medios de comunicación lo comentaron en las páginas interiores, y eso cuando lo hicieron. Al mismo tiempo, en una carta al director que apareció en el *New York Times*, el *Boston Globe* y *Advertising Age*, Bennett y Bloom atacaron acremente a Moorman por publicar su estudio, ya que «solo iba a complicar más las cosas». Jeanne Moorman y otros dos estadísticos de la Oficina de Censos escribieron una respuesta a la carta al director de Bennett y Bloom, pero la dirección de la Oficina la retuvo para censurarla, y no la hizo pública hasta pasados varios meses. «Cuando terminaron de censurar la carta», recuerda Moorman, «ya no decía nada. La enviamos al *New York Times*, pero como entre unas cosas y otras había pasado casi un año, no la publicaron».

Bennett y Bloom criticaron a Moorman por utilizar las tablas habituales de esperanza de vida, lo cual, según ellos, era una «técnica discutible». Así pues, Moorman decidió repetir su estudio usando el modelo paramétrico de los investigadores de Harvard y Yale. Puso los datos en manos de Robert Fay, un colega de la Oficina de Censos cuya especialidad eran los modelos matemáticos. Fay estudió los cálculos de Bennett y Bloom e, inmediatamente, advirtió un grave error. Habían olvidado descomponer en factores las diferencias entre las pautas de nupcialidad de las mujeres con estudios superiores y las que solo habían cursado la segunda enseñanza. (Las mujeres con estudios secundarios

tienden a casarse dentro de un círculo reducido inmediatamente después de acabar sus estudios, lo que se traduce en una curva acampanada, alta y estrecha, que se inclina hacia la izquierda. Las mujeres con estudios universitarios tienden a alargar la edad de contraer matrimonio durante un período de tiempo más prolongado y más tardío, lo que se traduce en una curva larga y poco pronunciada inclinada hacia la derecha.) Fay hizo los ajustes correspondientes y volvió a computar los datos, usando el modelo matemático de Bennett y Bloom. Esta vez, los resultados obtenidos fueron casi idénticos a los de Jeanne Moorman.

En consecuencia, Fay escribió a Bennett, para comunicarle el error y su importancia. «Creo que este nuevo análisis, además de mostrar que las conclusiones de su estudio son incorrectas», le decía, «pone en evidencia la necesidad de revisar minuciosamente el resto de los datos en que se basaban las premisas de su trabajo». Bennett le contestó al día siguiente. «La situación se nos ha escapado de las manos», decía, «creo que ya va siendo hora de que unamos nuestros esfuerzos para que las aguas vuelvan a su cauce». Atribuía a la prensa la causa de sus diferencias, y le aseguraba que «David [Bloom] y yo hemos decidido no volver a tratar con los medios de comunicación», lo cual tal vez trataba de insinuar que los investigadores de la Oficina de Censos deberían hacer lo mismo. Con todo, Bennett no tenía por qué temer que aquel craso error apareciera en los titulares de los periódicos: Moorman ya lo había comentado con varios periodistas, que no mostraron el menor interés.

Sin embargo, Bennett y Bloom debían hacer frente a la desagradable posibilidad de que los investigadores de la Oficina de Censos hicieran alusión a su error en la cada vez más próxima Conferencia de la Sociedad de Estudios sobre la Población. A fin de librarse de esta amenaza, supone Moorman, Bennett y Bloom le propusieron inopinadamente «colaborar» en un nuevo estudio que podrían presentar conjuntamente a la Conferencia... en lugar del de Jeanne Moorman. Cuando Bennett y Bloom se enteraron de que se había cerrado el plazo de admisión de comunicaciones, apunta Moorman, parecieron olvidarse por completo de aquella posible colaboración.

En la primavera de 1987 los demógrafos acudieron a Chicago para asistir a la Conferencia. Un día antes de que empezara la

reunión, Moorman recibió una llamada de Bloom. Le dijo que él y Bennett pensaban retirar su comunicación acerca de su estudio sobre la nupcialidad, y en su lugar presentarían una relativa a la fertilidad. Pero el presidente de la Conferencia no autorizó aquel cambio de última hora.

Cuando le llegó la hora a Bloom de presentar su controvertido estudio sobre la nupcialidad ante sus colegas, les explicó que sus conclusiones eran «preliminares», hizo cuatro observaciones de carácter general, y procuró terminar lo antes posible. Moorman presentó su comunicación inmediatamente después. Pero a causa de nuevas indicaciones de sus superiores en Washington, era bien poco lo que podía decir. El director de la Oficina de Censos, deseoso de evitar nuevas controversias, le había prohibido hacer la menor referencia al estudio de Harvard-Yale en su comunicación.

Tres años y medio después de haber ocupado las primeras planas de los periódicos, el estudio de Harvard-Yale fue publicado al fin, pero sin las estadísticas referentes al matrimonio. «No las hemos suprimido porque haya nada que ocultar», explicó Bennett al periodista del *New York Times*. Y el periodista aceptó esta explicación sin vacilar. Las polémicas estadísticas se habían suprimido, según decía el artículo, simplemente porque los investigadores se habían dado cuenta de que «podían inducir a confusión al distraer la atención de sus conclusiones fundamentales».

A pesar de los ríos de tinta que hizo correr el estudio de Harvard-Yale, la prensa pasó por alto un hecho fundamental: no había escasez de hombres. Tal como se podía comprobar echando una simple ojeada a los más recientes gráficos de distribución de la población por edades, el número de solteros comprendidos entre los veinticinco y los treinta y cuatro años superaba al de solteras en 1,9 millones, y entre los treinta y cinco años y los cincuenta y cuatro había medio millón más de solteros que de solteras. Si alguien se enfrentaba a una escasez potencial de cónyuges, eran los *hombres* que estaban en la mejor edad para casarse: entre los veinticuatro y los treinta y cuatro años, había 119 hombres solteros por cada 100 mujeres solteras.

Una simple mirada a los gráficos de distribución de la población en épocas anteriores habría demostrado que no era cierto que en los Estados Unidos hubiera una cifra récord de solteras. La proporción de mujeres solteras, una de cada cinco, era la más baja de cualquier década del siglo xx, excepto la de los cincuenta, e incluso inferior a la media de la segunda mitad del siglo xix, cuando una de cada tres mujeres era soltera. Si se observa el número de solteras entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y cuatro años (un indicador más seguro de una vida de soltería que las mujeres de veinte y treinta años, que simplemente podrían dejar el matrimonio para más adelante), en 1985 era el más bajo registrado nunca, inferior incluso al de la década de los cincuenta, de elevadísima nupcialidad. (El 8 % de las mujeres de ese grupo de edades eran solteras en 1950, y solo el 5 % en 1985.) De hecho, en la década de los ochenta solo había un «excedente» de solteras en las residencias de ancianos. En 1986 la edad media de las solteras era de sesenta y seis años, mientras que la de los solteros era de cuarenta y dos años.

Durante la década de los ochenta era una opinión corriente en la prensa que las mujeres estaban ansiosas por casarse, y que su desesperación aumentaba cada año que pasaba sin conseguirlo. Pero las encuestas no decían lo mismo. Un exhaustivo estudio de las opiniones de las mujeres realizado por el Instituto Memorial Battelle en 1986, para el cual se examinaron quince años de encuestas nacionales con una muestra de diez mil mujeres, llegó a la conclusión de que el matrimonio ya no era el objetivo fundamental de la vida femenina y de que las mujeres en la década de los treinta años no solo lo posponían, sino que incluso esquivaban pasar por el altar. Según la encuesta de 1985 de Virginia Slims, el 70 % de las mujeres opinaban que su vida podía ser «feliz y completa» sin casarse. En la encuesta «Nueva diversidad», llevada a cabo en 1989 por Langer Associates and Significance Inc., ese porcentaje había subido al 90 %. De la encuesta de 1990 de Virginia Slims se desprende que casi el 60 % de las mujeres solteras opinaban que eran bastante más felices que sus amigas casadas y que su vida era «bastante más fácil». Según una encuesta de ámbito nacional encargada en 1986 por la revista *Glamour*, las mujeres en su etapa de los veinte y los treinta años mostraban una preferencia cada vez mayor por

la soltería: el 90 % de las mujeres aseguraban que «si no se habían casado, era porque no habían querido». Y la encuesta realizada por Louis Harris en 1989 entre mujeres de más edad —entre los cuarenta y cinco y los sesenta años— mostró que eran mayoría las que no tenían intención de casarse. Un estudio de los datos recogidos durante catorce años de encuestas de ámbito nacional en los Estados Unidos reveló que durante los ochenta la felicidad había registrado un incremento del 11 % entre las mujeres solteras en su etapa de los veinte y los treinta años, y un *descenso* del 6,3 % entre las mujeres casadas de esas mismas edades. Los investigadores llegaron a la conclusión de que, si el matrimonio había contribuido a incrementar la felicidad de la mujer, «esa contribución ha disminuido considerablemente durante los últimos años». Una encuesta realizada en 1985 por la revista *Woman's Day* entre 60.000 mujeres mostró que solo la mitad volverían a casarse con su marido.

En lugar de casarse, las mujeres preferían vivir con el hombre al que amaban. El porcentaje de parejas que vivían juntas sin casarse se multiplicó por cuatro entre 1970 y 1985. En 1986 el gobierno federal encargó un estudio acerca de las costumbres sexuales de las mujeres solteras, el primero de este tipo, y los investigadores descubrieron que una tercera parte de ellas había vivido con un hombre durante algún período de su vida. Otros estudios demográficos calcularon que al menos una cuarta parte del descenso de mujeres casadas podía atribuirse a la cohabitación.

Cuanto más dinero ganan las mujeres, menos ganas tienen de casarse. Una encuesta realizada en 1982 entre 3.000 mujeres solteras demostró que las mujeres que ganaban salarios elevados *deseaban* permanecer solteras en un porcentaje que doblaba con creces el de las mujeres solteras con salarios bajos. «¿Qué será del matrimonio y la natalidad en una sociedad donde las mujeres lleguen a conseguir realmente la igualdad?», se preguntaba en 1986 el demógrafo de Princeton Charles Westoff en el *Wall Street Journal*. «Cuanto más se independizan económicamente las mujeres, menos atractivo les resulta el matrimonio.»

Por otra parte, en la década de los ochenta los hombres tenían más ganas de casarse de lo que la opinión popular dejaba traslucir. Los solteros superaban con creces a las solteras en las

agencias matrimoniales, los clubes de relación y las páginas de anuncios personales, todos los cuales experimentaron un crecimiento espectacular durante dicha década. A mediados de los ochenta las agencias matrimoniales se quejaban de que el número de hombres en sus listas de espera era tres veces mayor que el de mujeres. De hecho, era práctica común en dichas agencias admitir a las mujeres pagando una tarifa muy reducida o incluso gratis, a fin de remediar en lo posible ese desequilibrio.

Algo similar ocurría con los anuncios personales. En 1988, tras analizar 1.200 de esos anuncios, la socióloga Theresa Montini llegó a la conclusión de que en su mayor parte habían sido puestos por varones heterosexuales que rondaban los treinta y cinco años, y que casi todos deseaban «una relación duradera». Según los directores de las agencias matrimoniales, la inmensa mayoría de los hombres que recurrían a sus servicios buscaban esposas, no citas. La agencia *Great Expectations*, la más importante de los Estados Unidos, hizo un estudio de sus clientes en 1988, y se encontró con que el 93 % de los hombres deseaban tener una «pareja estable» o haberse casado antes de un año. Solo el 7 % reconoció que lo que le interesaba era «salir con tantas mujeres como pudiera». Cuando se les pidió que describieran sus sentimientos «al día siguiente de haber hecho el amor con una nueva relación», solo el 9 % de los encuestados manifestó preguntarse «si había dado la talla», mientras que el 42 % afirmó que se preguntaba si aquello conduciría a una «relación seria».

Esos hombres tenían buenas razones para desear el matrimonio: un hecho que resulta evidente de todos los estudios psicológicos, es que el matrimonio tiene un efecto beneficioso sobre la salud mental de los hombres. «Casarse es», según el destacado demógrafo gubernamental Paul Glick, «doblemente ventajoso para el hombre que para la mujer en términos de posibilidades de supervivencia». Más o menos, lo que escribió en 1972 Jessie Bernard, sociólogo especializado en cuestiones relativas a la familia:

Pocas conclusiones son más dignas de confianza, menos equívocas y más convincentes que la superioridad, a veces espectacular, y siempre impresionante, que muestran en casi todos los aspectos —demográficos, psicológicos o sociales— los hombres casados sobre los solteros. Por mucho que los hombres se burlen del matri-

monio, por mucho que se quejen de él, es una verdadera dádiva que se hace a su sexo.

La observación de Bernard todavía es válida. Ronald C. Kessler, que estudia en el Instituto de Estudios Sociales de la Universidad de Michigan los cambios que experimenta la salud mental masculina, lo corrobora: «Toda esa palabrería acerca de lo difícil que es la vida para la mujer soltera pierde el poco sentido que tiene cuando se sabe lo que pasa en realidad. Los que de verdad lo pasan mal son los hombres solteros. Cuando los hombres se casan, su salud mental mejora de un modo espectacular».

Los datos acerca de la salud mental masculina, recopilados en docenas de estudios que han considerado la influencia del estado civil durante los últimos cuarenta años, son incontrovertibles y abrumadores: la tasa de suicidios es el doble entre los solteros que entre los casados. La presencia de síntomas graves de neurosis es el doble entre los solteros que entre los casados, y aquellos, por otra parte, son más susceptibles a las crisis nerviosas, las depresiones e incluso las pesadillas. Y a pesar de la popularidad de que goza en los Estados Unidos la imagen del vaquero, libre de preocupaciones y carente de ataduras, lo cierto es que los solteros suelen ser más indecisos, malhumorados y fóbicos que los casados.

Comparados con las solteras, los solteros no salen mejor parados en los estudios acerca de la salud mental. Los solteros padecen el doble de trastornos mentales que las solteras, tienen mayor tendencia a la depresión, son más indecisos y más susceptibles a las crisis nerviosas, así como a presentar los síntomas más comunes de malestar psicológico, desde desmayos hasta insomnio. En un estudio, un tercio de los solteros presentaba síntomas agudos de neurosis, que solo afectaban a un 4 % de las solteras.

Uno de los efectos de la amplia difusión que tuvo el estudio de Harvard-Yale sobre la nupcialidad, fue contagiar a las solteras buena parte de las ansiedades de los solteros. El *Wall Street Journal* publicó la interesante confesión de una mujer soltera de treinta y seis años que aseguraba no haber dado ninguna importancia a su soltería hasta que leyó las informaciones acerca de dicho estudio; entonces *empezó* a sentirse deprimida. Una soltera de treinta y cinco años reconoció en *USA Today* que «nunca se

me había ocurrido pensar en casarme hasta que empecé a leer aquellas historias tan horribles» acerca de las mujeres que nunca podrían contraer matrimonio. En un artículo en *Los Angeles Times*, un grupo de terapeutas informó de que, a causa de la publicidad dada a aquel estudio, muchas solteras se «obsesionaron con el matrimonio», hasta el punto de estar dispuestas a casarse con hombres a los que no querían, solo «por si acaso». Cuando Great Expectations hizo un estudio entre sus clientes, un año después de divulgarse el polémico informe, se encontró con que el 42 % de las mujeres solteras estaban dispuestas a casarse con el primer hombre que les presentaran. El Informe Anual de las Actitudes de la Mujer, realizado por la empresa Mark Clements Research por encargo de diversas revistas femeninas, demuestra que un año después de darse a conocer el estudio de Harvard-Yale el porcentaje de mujeres solteras que temían no poder casarse prácticamente se había duplicado, pues pasó del 14 al 27 % y se elevó hasta el 39 % entre las mujeres de veinticinco años o más, el grupo de edad en que se había centrado dicho estudio.

Un año después de divulgarse el informe de Harvard-Yale, se publicó la noticia de que la edad de las mujeres al contraer su primer matrimonio había bajado ligeramente y que, por primera vez en veinte años, en 1986-1987 el número de hogares en que vivía una familia había aumentado más deprisa que el de hogares habitados por una sola persona. (Con todo, el incremento de los primeros era solo del 1,5 %.) Estos pequeños cambios fueron acogidos con entusiasmo como una señal de la vuelta al matrimonio tradicional. «Un nuevo tradicionalismo, centrado en la vida familiar, empieza a perfilarse», comentó alegremente Jib Fowles, profesor de Ciencias Humanas en la Universidad de Houston, en un artículo publicado en el *New York Times* en 1988. Fowles predecía «un renacimiento de la familia tradicional estadounidense para el año 2000 (el padre trabajará, la madre se quedará en casa cuidando de los niños)». Lo cual sería muy bueno para la industria estadounidense, les recordó a los magnates de la industria que pudieran leer su artículo. «El romanticismo y el noviazgo volverán a estar de moda, lo cual repercutirá en el incremento de la venta de flores», aseguró. Y «la vuelta a las comidas caseras aumentará el volumen de negocio de los supermercados».